



## ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.—na puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, una sola: á la izquierda un balcón.—Un estante de pino con algunos libros: una mesa: un sillón.—La mesa á la izquierda: sobre ella una fotografía de don Julián en su marco, al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningún retrato: ambos son bastante pequeños. También sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de la «Divina Comedia», del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: además papeles sueltos y el manuscrito de un drama.—Algunas sillas.—Todos los muebles pobres, en armonía con la pobreza del cuarto.—Es de día.

### ESCENA PRIMERA

DON JULIÁN, DON SEVERO y un CRIADO. Los tres entran por el fondo

SEV. ¿No está el señor?  
CRIADO No, señor;  
ha salido muy temprano.  
SEV. No importa, le esperaremos;  
porque supongo que al cabo  
don Ernesto ha de venir.  
CRIADO Es lo probable, que el amo  
es puntual como ninguno,  
y como ninguno exacto.

SEV. Bueno; vete.  
 CRIADO Sí, señor.  
 Si algo mandan, fuera aguardo.  
 (Sale el Criado por el fondo.)

## ESCENA II

DON JULIÁN y DON SEVERO

SEV. ¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)  
 JULIÁN ¡Qué pobreza,  
 dirás mejor!

SEV. ¡Vaya un cuarto!  
 Una alcoba sin salida:  
 (Mirando por la puerta de la derecha; luego por la del foro.)

JULIÁN la antesala: este despacho,  
 y pare usted de contar.  
 Y en piece á contar el diablo,  
 de ingratitudes humanas,  
 de sentimientos bastardos,  
 de pasiones miserables,  
 de calumnias de villanos,  
 y no acabará jamás,  
 aunque cuente aprisa y largo.

SEV. La casualidad lo quiso.  
 JULIÁN Ese no es el nombre, hermano.  
 Lo quiso... quien yo me sé.

SEV. ¿Y quién es ese? ¿Yo acaso?  
 JULIÁN Tú también. Y antes que tú  
 los necios desocupados  
 que de mi honor y mi esposa  
 sin rebozo murmuraron.  
 Y después yo, que cobarde,  
 y celoso, y ruín, y bajo,  
 dejé salir de mi hogar  
 á ese mancebo, que ha dado  
 pruebas de ser tan altivo,  
 como yo de ser ingrato.  
 Ingrato: ¿porque tú ves  
 mi ostentación y regalo?  
 ¿el lujo de mis salones,

de mis trenes el boato,  
 el crédito de mi firma,  
 los caudales que gozamos?  
 Pues todo, ¿sabes de dónde  
 procede?

SEV. Y hasta olvidado  
 lo tengo.

JULIÁN Tú lo dijiste:  
 el olvido: premio humano  
 á toda acción generosa,  
 á todo arranque bizarro,  
 que en su modesto retiro,  
 sin trompetas ni reclamos,  
 realice un hombre por otro,  
 como amigo ó como honrado.

SEV. Eres injusto contigo:  
 tu gratitud llegó á tanto,  
 que tu honor y hasta tu dicha  
 casi le has sacrificado.  
 ¿Qué más se puede pedir?  
 ¿Ni qué más hiciera un santo?  
 Todo su término tiene;  
 lo bueno como lo malo.  
 Es orgulloso... empeñóse...  
 y aunque te opusiste... claro...  
 él es dueño de sí mismo,  
 de su persona y sus actos,  
 y una mañana dejó,  
 porque quiso, tu palacio,  
 y en este zaquizamí  
 metióse desesperado.

JULIÁN Es muy triste, pero amigo,  
 ¿quién ha podido evitarlo?  
 Todos, si estuviesen todos  
 atentos á sus cuidados,  
 y de las honcas ajenas  
 no se llevasen pedazos,  
 al resolver de sus lenguas  
 y al señalar de sus manos,  
 ¿qué les importaba, di,  
 que yo, cumpliendo un sagrado  
 deber, hiciese de Ernesto  
 un hijo y ella un hermano?

¿Es suficiente en mi mesa,  
ó en paseo, ó en el teatro,  
junto á una joven hermosa,  
ver á un mancebo gallardo,  
para suponer infamias  
y para aventar escándalos?  
¿Acaso el amor impuro,  
en este mundo de barro,  
es entre hombres y mujeres  
único supremo lazo?  
¿No hay amistad, gratitud,  
simpatía, ó tal estamos,  
que juventud y belleza  
sólo se unen en el fango?  
Y aun suponiendo que fuese  
lo que suponen menguados,  
¿qué falta me hacen los necios  
para vengar mis agravios?  
Para ver tengo mis ojos,  
para observar mis cuidados,  
y para vengar injurias  
hierro, corazón y manos.

SEV.

Bien, pues hicieron muy mal  
las gentes que murmuraron;  
pero yo, que soy tu sangre,  
que llevo tu nombre... vamos,  
¿debi callar?

JULIÁN

¡No, por Dios!  
pero debiste ser cauto,  
y con prudencia, á mi solo,  
hablarme del triste caso,  
y no encender un volcán  
en mi casa y en mi tálamo.

SEV.

Pequé sólo por exceso  
de cariño; pero aun cuando  
reconozca yo mi culpa,  
aunque confiese que el daño  
entre el mundo y yo lo hicimos,  
él infamias inventando,  
y yo recogiendo torpe  
los ecos mil del escándalo  
(Acercándose á él con expresión de interés y cariño.)  
lo que es tú, Julián, estás

limpio y libre de pecado;  
conque escrúpulos desecha  
y ensancha tu pecho hidalgo.  
No puedo ensanchar mi pecho  
que albergue en mi pecho he dado  
á eso mismo que condenan  
mi entendimiento y mis labios.  
Yo las calumnias del mundo  
con indignación rechazo:  
mienten, digo á voz en cuello,  
y repito, por lo bajo,  
«y si mintiendo no mienten,  
y si aciertan por acaso?»  
De modo que en esta lucha  
de dos impulsos contrarios,  
para los demás soy juez,  
y soy su cómplice en tanto.  
Y en mi mismo me consumo:  
conmigo mismo batallo:  
la duda crece y se ensancha:  
ruge el corazón airado,  
y ante mis ojos de sangre  
se extiende rojizo manto.  
¡Deliras!

JULIÁN

SEV.

JULIÁN

No, no deliro;  
el alma te muestro, hermano.  
¿Acaso piensas que Ernesto  
mi casa hubiese dejado  
si yo, con firme propósito  
de oponerme y de estorbarlo,  
cuando él cruzó sus umbrales  
le hubiera salido al paso?  
Se fué, porque allá en el fondo  
de mi espíritu turbado,  
traidora voz resonaba  
diciéndome: «deja franco  
»el portillo á la salida,  
»y cierra bien en pasando,  
»que en fortalezas de honor  
»es mal alcaide el confiado.»  
Y en lo interior un deseo,  
y otro deseo en los labios:  
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,

y «no vuelvas,» por lo bajo,  
 á un mismo tiempo, con él,  
 con apariencia de franco,  
 era hipócrita y cobarde,  
 era astuto y era ingrato!  
 No, Severo, no se porta  
 así quien es hombre honrado.

(Se deja caer en el sillón que está junto á la mesa  
 mostrando gran abatimiento.)

SEV.

Así se porta quien cuida  
 á esposa de pocos años,  
 y de espléndida hermosura  
 y de espíritu exaltado.

JULIÁN

¡No hables tal de mi Teodora!  
 es espejo que empañamos  
 con nuestro aliento al querer  
 imprudentes acercarnos.

¡La luz del sol reflejaba  
 antes que del mundo airado  
 las mil cabezas de víboras  
 se acercasen á mirarlo!  
 Hoy bullen en el cristal  
 dentro del divino marco:  
 pero sombras son sin cuerpo,  
 ha de espantarlas mi mano,  
 y otra vez verás en él  
 el limpio azul del espacio.  
 Mejor que mejor.

SEV.

JULIÁN

SEV.

JULIÁN

No así.  
 ¿Pues qué falta?

¡Falta tanto!  
 Advierte que estas internas  
 luchas que te he confesado,  
 han hecho de mi carácter  
 otro carácter contrario.  
 Ahora mi esposa me ve  
 siempre triste, siempre huraño;  
 no soy el mismo que he sido,  
 por serlo me esfuerzo en vano;  
 y ella debe preguntarse  
 al observar este cambio:  
 «¿Dónde está Julián, Dios mío?  
 ¿dónde está mi esposo amado?»

»¿Qué hice yo para perder  
 »su confianza? ¿Qué villanos  
 »pensamientos le preocupan  
 »y le arrancan de mis brazos?»  
 Y una sombra entre los dos  
 se va de este modo alzando,  
 que nos separa y aleja  
 lentamente y paso á paso.  
 No ya más dulces confianzas  
 no ya más coloquios plácidos,  
 heláronse las sonrisas,  
 los acentos son amargos,  
 en mí recelos injustos,  
 en Teodora triste llanto,  
 yo herido en mi amor, y en ella  
 heridos y por mi mano,  
 su dignidad de mujer,  
 y su cariño. Así estamos.  
 SEV. Pues estamos en camino  
 de perdición. Si tan claro  
 ves lo que pasa, ¿por qué  
 no pones remedio?

SEV.

JULIÁN

Es vano  
 mi esfuerzo. Yo sé que soy  
 injusto de ella dudando;  
 es más, si por hoy no dudo;  
 pero ¿quién dice que al cabo,  
 yo perdiendo poco á poco,  
 y él poco á poco ganando,  
 no será verdad mañana  
 lo que hoy mentira juzgamos?

(Cogiendo por el brazo á don Severo y hablándole con  
 reconcentrada energía y mal contenidos celos.)

Yo, el celoso; yo el sombrío;  
 yo, el injusto; yo, el tirano;  
 y él, el noble, el generoso,  
 siempre dulce y resignado;  
 con la aureola del martirio,  
 que á un mozo apuesto y gallardo  
 sienta tan bien á los ojos  
 de toda mujer, es llano  
 que él lleva la mejor parte  
 en este injusto reparto;

- y que gana lo que pierdo,  
sin que pueda remediarlo.  
Esto es lo cierto, no dudes,  
y agrega que con reclamos  
infames, llega traidor  
el mundo á los dos en tanto,  
y aunque dicen con verdad  
»pero si no nos amamos!»  
á fuerza de repetirlo,  
acabarán por pensarlo.
- SEV. Si así estás, mira, Julián,  
yo creo que lo más sano  
es dejar que Ernesto lleve  
todo su proyecto á cabo.
- JULIÁN. Pues á estorbárselo vengo.
- SEV. Pues eres un insensato.  
¿A Buenos Aires pretende  
marcharse? pues ni de encargo;  
váyase en buque de vela,  
viento fresco y mucho trapo.
- JULIÁN. Y á los ojos de Teodora  
¿quieres que aparezca ingrato,  
y miserable y celoso?  
¿Tú no sabes, pobre hermano,  
que hombre á quien mujer desprecia,  
podrá ser su amante al cabo,  
pero que si lleva nombre  
de esposo, está deshonorado?  
¿Quieres que mi esposa siga,  
á través del mar amargo,  
con el pensamiento triste  
al infeliz desterrado?  
¿No sabes que si yo viese  
sobre su mejilla el rastro  
de una lágrima no más,  
y pensase que era el llanto  
por Ernesto, la ahogaría  
entre mis crispadas manos?  
(Con reconcentrado furor.)
- SEV. Pues entonces, ¿qué debemos  
hacer?
- JULIÁN. Sufrir: que el cuidado  
de preparar desenlace

- para este drama está á cargo  
del mundo que le engendró  
solamente con mirarnos;  
tal su mirada es fecunda  
en lo bueno y en lo malo.
- SEV. Presumo que viene gente.  
(Acercándose al fondo.)
- CRIA. No puede tardar el amo.  
(Desde dentro, pero sin presentarse.)

## ESCENA III

DON JULIÁN y DON SEVERO; PEPITO, por el fondo

- SEV. ¿Tú por aquí?
- PEP. (Aparte.) ¡Toma, ya  
lo supieron! Me he lucido.)  
(En voz alta.)  
Pues todos hemos venido:  
adiós, tío: adiós, papá.  
(Aparte.)  
(Nada: saben lo que pasa.)  
(En voz alta.)  
¿Conque ustedes... por supuesto,  
buscando vendrán á Ernesto?
- SEV. ¿Pues á quién en esta casa?
- JULIÁN. ¿Y tú estarás al corriente  
de lo que trata ese loco?
- PEP. ¿De lo que...? Pues claro: un poco.  
Sé... lo que sabe la gente.
- SEV. ¿Y es mañana cuando...?
- PEP. No:  
mañana se ha de marchar,  
y tiene que despachar  
hoy mismo.
- JULIÁN. (Con extrañeza.) ¿Qué dices?
- PEP. ¿Yo?  
lo que dijo Pepe Uceda  
á la puerta del casino  
ayer noche: y es padrino  
del Vizconde de Nebreda.

- Conque si él no acierta... Pero,  
¡miran ustedes de un modo!  
¿Acaso no saben?...
- JULIÁN Todo.  
(Con resolución, previniendo un movimiento de su hermano.)
- SEV. Nosotros...
- JULIÁN (Aparte.) (Calla, Severo.)  
Que parte mañana, oímos, (En voz alta.)  
y que hoy... se juega la vida...  
y á evitar duelo y partida...  
como es natural vinimos...  
(En toda esta escena don Julián finge estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venía por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)
- SEV. (Aparte á don Julián.)  
¿Qué duelo es ese?
- JULIÁN (Aparte á don Severo.) (No sé:  
pero lo sabremos pronto.)
- PEP. (Aparte.)  
(Vamos, pues no he sido un tonto.)
- JULIÁN Nosotros sabemos que...  
con un Vizconde...
- PEP. Sí tal.
- JULIÁN ¡Tiene Ernesto concertado  
un duelo!... Nos lo ha contado  
cierta personal formal,  
que lo supo en el instante.  
¡Dicen que es grave la cosa!...  
(Señas afirmativas de Pepito.)  
¡Una riña escandalosa!...  
¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.)  
¡Que tú mientes!... ¡Que yo miento!  
¡y palabras en montón!
- PEP. (Interrumpiendo con el placer y el afán del que sabe más.)  
¡Palabras!... ¡un bofetón  
más grande que un monumento!  
¿Quién á quién?
- SEV. Ernesto al otro.
- PEP. Ernesto!... ¿no te enteraste? (A don Severo.)
- JULIÁN

- Ese Vizconde dió al traste  
con su paciencia. En un potro  
le tuvo... Vamos... de modo...  
que el pobre chico rompió.  
Cabal.
- PEP. Si te dije yo  
que nos lo han contado todo.  
(Con suficiencia.)  
¿Y el lance es serio?  
(Con ansiedad mal contenida)
- PEP. Muy serio.  
Pena el decirlo me da,  
pero con ustedes ya  
es inútil el misterio.
- JULIÁN ¿Con qué objeto, ni á qué fin?...  
(Se acercan con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se da todo el tono del que comunica una mala noticia.)
- PEP. ¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo.)  
(Movimiento de don Julián y de don Severo.)  
Y el Vizconde,  
ni se espanta, ni se esconde:  
¡y es un gran espadachín!  
Y la disputa... ¿por qué?...  
á Nebreda se le imputa...  
Si casi no hubo disputa...  
yo les diré como fué.  
(Pausa; se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)  
Como Ernesto proyectaba  
dejar mañana Madrid,  
por si pasaje en el *Cid*  
á tiempo en Cádiz lograba;  
y como Luis Alcaraz  
prometida le tenía  
una carta, que decía  
que era de efecto eficaz  
como recomendación,  
á recogerla se fué  
el pobre chico al café  
con la mejor intención.  
No estaba el otro: le espera:  
ninguno allí le conoce,  
y prosiguen en el goce

sublime de la tijera,  
 sin reparar en su faz  
 ni en sus dientes apretados,  
 unos cuantos abonados  
 á la mesa de Alcaraz.  
 Venga gente, y caiga gente:  
 mano larga y lengua lista:  
 ¡allí se pasó revista  
 á todo bicho viviente!  
 Y en medio de aquel cotarro,  
 con más humo que echa un tren,  
 entre la copa de ojen,  
 la ceniza del cigarro,  
 y alguno que otro terrón  
 de azúcar, allí esparcido,  
 quedó el mármol convertido  
 en mesa de disección.  
 Cada mujer deshonrada,  
 una copa de lo añejo;  
 cada tira de pellejo  
 una alegre carcajada.  
 En cuatro tijeretazos  
 dejaron aquellos chicos  
 las honras hechas añicos,  
 las damas hechas pedazos.  
 Y, sin embargo, ¿qué fué,  
 ni qué era aquello, en verdad?  
 Ecos de la sociedad  
 en la mesa de un café.  
 Esto no lo digo yo,  
 ni lo pienso, por supuesto,  
 esto me lo dijo Ernesto  
 cuando el lance me contó.  
 ¡Acaba! ¿No acabarás?  
 Por fin, entre nombre y nombre  
 el nombre sonó... de un hombre,  
 y Ernesto no pudo más.  
 «¿Quién se atreve á escarnecer  
 á un hombre de honor?» exclama;  
 y le responden: «¡La dama!»  
 Y nombran una mujer.  
 Brotando fuego el semblante  
 se arroja sobre Nebreda;

JULIÁN  
 PEP.

el pobre Vizconde rueda,  
 y es un campo de Agramante  
 aquel centro principal.  
 Resumen de la jornada:  
 hoy es el duelo, y á espada,  
 en un salón. No sé cuál.

JULIÁN (Cogiéndole por un brazo con furor.)  
 ¿Y el hombre era yo?

PEP. ¡Señor!  
 JULIÁN ¿Y Teodora la mujer?

¡Dónde fueron á caer  
 ella, mi nombre y mi amor!  
 (Se desploma sobre el sillón, ocultando el rostro entre  
 las manos.)

SEV. (Aparte á Pepito.)  
 ¡Qué has hecho, desventurado!

PEP. ¿No dijo que lo sabía?  
 Pues yo... por eso... creía...

JULIÁN ¡Deshonrado! ¡Deshonrado!  
 SEV. ¡Julián! (Acercándose con cariño.)

JULIÁN Es verdad: ya sé  
 que es preciso tener calma...  
 Pero, ¡ay!, que me falta el alma  
 cuando me falta la fe.

(Cogiendo á su hermano con ansia.)  
 Pero, ¿por qué de este modo  
 nos infaman, cielo santo?

¿Dónde hay razón para tanto  
 revolver y echarnos lodo?...

No importa; yo sé cumplir  
 como cumple un caballero.

¿Cuento contigo Severo?

SEV. ¿Si cuentas? .. ¡Hasta morir!  
 (Se aprietan la mano con energía.)

JULIÁN ¿El duelo? (A Pepito.)  
 PEP. A las tres.

JULIÁN (Aparte.) ¡Le mato!  
 ¡Sí... le mato! Vamos. (A don Severo.)

SEV. ¿Dónde?  
 JULIÁN A buscar á ese Vizconde.

SEV. ¿Tratas por ventura?...

JULIÁN Trato...  
 trato de hacer lo que puedo:

de vengar mi honra ofendida  
y de salvarle la vida  
al hijo de Juan Acedo.

(A Pepito.)

PEP. ¿Quiénes los padrinos son?  
JULIÁN Los dos: Alcaraz y Rueda.

JULIÁN Los conozco. Aquí se queda  
ese, por si hay ocasión...  
(Señalando á Pepito.)  
y vuelve Ernesto...

SEV. Entendido.

JULIÁN Tú, sin inspirar recelo, (A Pepito.)  
averiguas dónde el duelo  
debe ser.

SEV. Ya lo has oído.

JULIÁN Ven: (A su hermano.)

SEV. Julián, ¿qué tienes?

JULIÁN ¡Gozo  
como ha mucho no senti!  
(Cogiéndole el brazo nerviosamente.)

SEV. ¿Qué diablo, no estás en tí!  
¿Gozo?

JULIÁN De ver á ese mozo.

SEV. ¿A Nebreda?

JULIÁN Sí: repara  
que hasta hoy la calumnia fué  
impalpable, y no logré  
ver cómo tiene la cara.  
¡Y al fin sé dónde se esconde:  
al fin tomó cuerpo humano:  
y se me viene á la mano  
bajo forma de un Vizconde!  
Devorando sangre y hiel  
tres meses, ¡por Belcebú!  
Y ahora... figúrate tú...  
¡frente á frente yo con él!  
(Salen por el fondo don Julián y don Severo.)

## ESCENA IV

PEPITO

¡Pues, señor, vaya un enredol  
y un enredo sin motivo.  
Aunque también fué locura,  
por más que diga mi tío,  
poner bajo el mismo techo,  
casi en contacto continuo,  
á una niña como un sol  
y á Ernesto, que es guapo chico,  
con un alma toda fuego  
y dado al romanticismo.  
El perjura que no hay nada,  
que es un afecto purísimo,  
que como hermana la quiere,  
y que es su padre mi tío;  
pero yo que soy muy zorro,  
y que, aunque joven, he visto  
muchas cosas en el mundo,  
de hermanazgos no me fio,  
cuando los hermanos son  
tan jóvenes y postizos.  
Mas supongamos que sea  
como dicen su cariño:  
la gente, ¿qué entiende de eso?  
¿Qué obligación han suscrito  
para pensar bien de nadie?  
¿No los ven siempre juntitos  
en el teatro, en el paseo,  
y á veces en el Retiro?  
Pues el que los vió, los vió,  
y como los vió, lo dijo.  
«Que no», me juraba Ernesto;  
que «casi nunca» han salido  
de ese modo. ¿Fué una vez?  
Pues basta. Si les han visto  
cien personas ese día,  
es para el caso lo mismo  
que haberse mostrado en público,

no en un día, en cien distintos.  
 Señor, ¿ha de hacer la gente  
 información de testigos  
 y confrontación de fechas  
 para averiguar si han sido  
 muchas veces ó una sola  
 cuando pasearon juntitos  
 su simpatía purísima  
 y su fraternal cariño?  
 Esto ni es serio ni es justo,  
 y además fuera ridículo.  
 Lo que vieron dicen todos,  
 y no mienten al decirlo.  
 Les ví una vez.—Otra yo.  
 Una y una, dos: de fijo.  
 Y yo también.—Ya son tres.  
 Y ese, cuatro; y aquél, cinco.  
 Y de buena fe sumando  
 se llega hasta lo infinito.  
 Y vieron, porque miraron,  
 y en fin, porque los sentidos  
 son para usados á tiempo,  
 sin pensar en el vecino.  
 Que él se ocupe de lo suyo,  
 y recuerde que, en el siglo,  
 el que quita la ocasión,  
 quita calumnia y peligro.  
 (Pequeña pausa.)  
 Y cuidado, que concedo  
 la pureza del cariño,  
 y este es asunto muy grave;  
 porque á mis solas cavilo,  
 que estar cerca de Teodora  
 y no amarla es ser un risco.  
 El será sabio, y filósofo,  
 y matemático, y físico,  
 pero tiene cuerpo humano  
 y la otra cuerpo divino,  
 y basta *corpo di baco*,  
 para cuerpo de delito.  
 ¡Si estas paredes hablasen!  
 ¡si los pensamientos íntimos  
 de Ernesto forma tangible

tomasen, aquí esparcidos!..  
 Vamos á ver, por ejemplo,  
 aquel marco está vacío,  
 y en el otro don Julián  
 luce su semblante típico.  
 Antes estaba Teodora  
*pendant* haciendo á mi tío:  
 ¿por qué su fotografía  
 habrá desaparecido?  
 ¿Para evitar tentaciones?  
 (Sentándose junto á la mesa.)  
 ¡Si esta es la causa, malísimo!  
 Y peor si dejó el cuadro  
 para mejorar de sitio,  
 y cerca del corazón  
 buscar misterioso abrigo.  
 Vamos á ver, ¡acusad  
 de la sospecha, diablillos  
 que flotáis por el espacio  
 tejiendo invisibles hilos!  
 ¡acusad sin compasión  
 á ese filósofo místico!  
 (Mirando á la mesa y observando al «Infierno del  
 Dante.»)  
 Y esta es otra: ni una vez  
 á ver á Ernesto he venido  
 que en su mesa no encontrase  
 abierto este hermoso libro.  
 «Dante: *Divina Comedia*,» (leyendo.)  
 su poema favorito.  
 Y no pasa del pasaje  
 (Mirando otra vez.)  
 de Francesca, por lo visto.  
 Tiene dos explicaciones  
 el caso: ya lo concibo.  
 O que Ernesto no lee nunca,  
 ó que siempre lee lo mismo.  
 Pero aquí noto una mancha:  
 como si hubiese caído  
 una lágrima. ¡Señor,  
 qué misterios y qué abismos!  
 ¡y qué difícil es ser  
 casado y vivir tranquilo!